

CRISTINA ALGER

RELACIONES PELIGROSAS

BESTSELLER
INTERNACIONAL



«UNA EXCELENTE NOVELA POLICÍACA.
ABSOLUTAMENTE RECOMENDABLE.» BOOKLIST

«UN FINAL EXPLOSIVO.» PUBLISHERS WEEKLY

m̄r

CRISTINA ALGER

RELACIONES PELIGROSAS

Traducción de Vicky Charques

mr ediciones martínez roca

Título original: *Girls Like Us*

© Bear One Holdings, LLC Penguin, 2019

Publicado de acuerdo con G. P. Putnam's Sons, un sello de Penguin Publishing Group, división de Penguin Random House LLC.

© por la traducción, Vicky Charques (Traducciones Imposibles, S. L.), 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-270-4845-4

Depósito legal: B. 2.480-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Esparcimos las cenizas de mi padre cerca de la costa de Long Island el último martes de septiembre.

Cuatro de nosotros nos embarcamos en el bote pesquero de Glenn Dorsey con una nevera portátil llena de Guinness y una urna. Nos dirigimos al este, hacia Orient Point, donde papá y Dorsey pasaban los sábados pescando atún blanco y lubina. Echamos el ancla al llegar a una zona tranquila de Orient Shoal. Dorsey suelta un breve discurso sobre la lealtad de papá: a su país, a su comunidad, a sus amigos, a su familia. Me pregunta si quiero decir algo. Niego con un cabeceo. Sé que todos piensan que estoy a punto de echarme a llorar. Lo cierto es que no tengo nada que decir. Llevaba años sin ver a mi padre. No estoy triste, sino más bien aturdida.

Cuando Dorsey termina su discurso, inclinamos la cabeza y guardamos un minuto de silencio en señal de respeto. Ron Anastas, agente de Homicidios del Departamento de Policía del condado de Suffolk, apenas puede contener las lágrimas. Vince DaSilva, el primer compañero de papá, se santigua murmurando algo sobre el Espíritu Santo. Los tres

acuden a misa todos los domingos en la iglesia de St. Agnes, en Yaphank. Al menos en su día lo hacían. Nosotros también íbamos. A excepción de algunas bodas, no piso una iglesia desde que me marché de la isla hace diez años. Me alegro de haber salido hoy. En aquella iglesia, el aire siempre parecía estancado y resultaba asfixiante, incluso cuando aflojaba el calor del verano. Aún me parece oír el zumbido del viejo ventilador en la parte trasera y sentir el billete de dólar para el cepillo arrugado contra la sudorosa palma de la mano. Me estremezco solo de pensarlo.

Hace un día tranquilo. Dicen que se avecina una tormenta, pero, por ahora, el cielo está totalmente despejado. Dorsey alarga el silencio durante más tiempo del necesario. Tiene las manos juntas ante él y mueve los labios como si estuviera rezando. Los chicos empiezan a impacientarse. Vince se aclara la garganta. Ron no deja de trasladar el peso del cuerpo de un pie al otro. Ha llegado la hora. Dorsey levanta la vista y me entrega la urna. La abro. Los hombres observan mientras el viento se lleva las cenizas de mi padre.

El funeral es lo que él habría querido, o eso creo. Breve y dulce. Sin apenas parafernalia. Está en el agua, el único lugar en el que parecía sentirse en paz. En misa, papá nunca se estaba quieto, parecía un crío. Nos sentábamos en la parte de atrás para poder escabullirnos antes de la comunión. Papá decía que detestaba el sabor de las obleas rancias y del vino malo. Incluso entonces, yo sabía que mentía. Simplemente no quería confesarse.

Cuando terminamos, Dorsey nos pasa una Guinness a cada uno y brindamos. «Por Martin Daniel Flynn, que se ha ido demasiado pronto.» Papá acababa de cumplir cincuenta y

dos años cuando su moto derrapó cerca de la autopista Mountauk. Eran las dos de la madrugada. Supongo que había bebido bastante, aunque nadie se atrevía a mencionarlo. De todos modos, ya no tenía sentido buscar culpables. Según Dorsey, las ruedas de la moto estaban gastadas, la carretera estaba mojada y la niebla dificultaba la visibilidad. Punto.

En este grupo, lo que Dorsey dice va a misa. De los cuatro, él fue el que más rápido ascendió. Fue el primero en conseguir el escudo dorado. Después, no tardó en disponerlo todo para que papá y Ron Anastas dejaran de ser policías de paisano y los metió en Homicidios. Cuando lo nombraron jefe de policía, Dorsey se aseguró de que ascendieran a Vince DaSilva a inspector del Tercero. El Tercer Distrito del condado de Suffolk abarca algunas de las zonas más peligrosas de la isla: Bay Shore, Brentwood, Bridgewater o Islip. Ahí es donde los cuatro hombres pasaron sus primeros años juntos como agentes. También es donde mi padre conoció a mi madre, Marisol Reyes Flynn. Papá siempre decía que el Tercero era una zona de guerra. Y lo era, especialmente para él.

Papá y Dorsey se conocían de mucho antes. Nuestras familias vivían en el condado de Suffolk desde hacía tres generaciones. Y, antes de eso, vinimos de Schull, un pequeño pueblo situado en la escarpada costa sudoccidental de Irlanda. Solían bromear con que tal vez tuviéramos algún antepasado común en nuestro árbol genealógico. Desde luego, ellos parecían familia. Ambos eran altos y de cabello oscuro, con los ojos verdes, facciones marcadas y semblante inquisitivo. Mi padre llevó siempre el pelo con un corte militar. Con el paso de los años, Dorsey se ha ido dejando bi-

gote, patillas y el pelo algo largo. Pero, cuando lo lleva corto, como ahora, quien lo viera a lo lejos podría confundirlo con mi padre.

Lanzamos algunos sedales y los chicos cuentan anécdotas sobre aquellos primeros días en el Tercer Distrito. Como policías de paisano, acudían a trabajar llevando zapatillas Vans y camisetas de Led Zeppelin. Fueron días gloriosos. No se afeitaban. Si habían bebido demasiado la noche anterior, no se duchaban. Recién salidos de la cama, se metían en sus coches camuflados llenos de abolladuras y comenzaban a buscar follón. No tenían que buscar demasiado. En el Tercero, las bandas eran, y son, algo muy común. El índice de crímenes violentos es elevado; hay drogas por todas partes. A pesar de lo rico que es el condado de Suffolk, casi la mitad del Tercer Distrito vive en el umbral o justo por encima del umbral de la pobreza. Papá decía que no había mejor campo de entrenamiento para un policía que el Tercer Distrito. Casi toda la plana mayor del Departamento de Policía del condado de Suffolk había pasado por el Tercero.

Dorsey señala que papá era el poli más duro del Tercero, y el mejor profesor que un agente nuevo pudiera desear. Los chicos asienten. Tal vez fuera verdad. Papá tenía un sentido del bien y del mal inquebrantable, casi evangélico. Pero había contradicciones. Le asqueaban las drogas, pero no le importaba macerar el hígado en whisky. Parte de su día a día consistía en dismantelar timbas ilegales, pero todos los meses organizaba una partida de póquer mensual a la que acudían abogados del distrito y algunos jueces bien conocidos por toda la isla. Les profesaba un odio especial a los maltratadores de mujeres y de niños, pero una vez vi cómo le daba

a mi madre tal bofetón que le dejó la mano marcada en la cara. Papá tenía su propio código. Aprendí desde muy pequeña a no cuestionarlo. Al menos, no en voz alta.

La justicia que impartía era implacable. Te enseñaba lecciones difíciles de olvidar. La anécdota favorita de Dorsey sobre él está relacionada con aquella ocasión en la que hizo que Anastas se tumbase en una camilla cubierto con una sábana en la sala de autopsias. Había un novato recién salido de la academia apellidado Rossi. Su padre era juez, y el tal Rossi creía que eso lo convertía en alguien importante. Le gustaba ir a trabajar con ropa de marca, Armani y Hugo Boss, lo cual irritaba a mi padre. Aquel día, llevó a Rossi a la sala de autopsias y le pidió que retirase la sábana. Anastas se incorporó gritando y Rossi se meó, literalmente, en sus pantalones de seiscientos dólares. Después de eso, empezó a comprar la ropa en JCPenney como todos los demás.

Dorsey ha contado esta anécdota cientos de veces, pero lo hace de nuevo, y todos reímos como si la escuchásemos por primera vez. Es reconfortante recordar a mi padre como alguien divertido, porque lo era, podía ser muy divertido. Podía pasarse toda la noche callado y de repente salir con el comentario mordaz perfecto. Dorsey y yo intercambiamos sonrisas. Asiento, agradecida. Así es como quiero recordar a papá hoy. No por su temperamento, ni por su tristeza, y, desde luego, no por el alcohol que al final nos lo había arrebatado en un tramo tranquilo de una carretera mojada a primeras horas de la madrugada.

Al final, el sol empieza a ocultarse en el horizonte y el cielo se torna de un color azul ciruela eléctrico. Dorsey decide que ha llegado la hora de volver a casa. Superamos con

creces la cuota de lubina permitida, pero con tres policías a bordo (y de manera muy especial estos tres policías que, al igual que mi padre, nacieron, crecieron y probablemente morirán entre las fronteras del condado) nadie va a decir ni mu sobre las cuotas de capturas pesqueras. Estos hombres, especialmente Dorsey, son lo más parecido que tiene Hampton Bays a unos héroes locales.

Los chicos van muy borrachos. Gritan y se repiten sin parar. Me dan unos abrazos de oso en el aparcamiento, pero no una ni dos, sino tres veces. Anastas me invita a cenar a su casa, pero me excuso alegando que estoy cansada y que necesito estar sola para desahogarme. Parece aliviado. Ron tiene una esposa, Shelley, y tres hijos; lo que menos necesita es tener a una chica triste de veintiocho años deambulando por su casa. DaSilva se está divorciando; supongo que se irá directo a un bar en cuanto hayamos terminado aquí.

Tras otra ronda de chistes, Anastas y DaSilva se van dando tumbos en direcciones opuestas. Ambos conducen monovolúmenes, coches diseñados para llevar sillitas de bebé y palos de lacrosse y para compartir vehículo. Dorsey señala la Harley-Davidson plateada con la que he venido hasta aquí. Era la favorita de mi padre. La compró por muy poco dinero hace años y la fue restaurando poco a poco. Tenía cuatro motos antes del accidente. Ahora supongo que solo quedan tres. Sus niñas, las llamaba. Todas ellas meticulosamente restauradas y cuidadas, se comían todo su tiempo libre como pollitos hambrientos.

—Bonita máquina —dice, y me rodea los hombros y me abraza con cariño paternal.

Dorsey se casó con su novia del instituto. La perdió en

un accidente de coche pocos años después y ya no volvió a casarse ni tuvo hijos. Papá quiso que fuera mi padrino, cometido que se tomó muy en serio. Mis cuatro abuelos han fallecido. Mis dos padres eran, como yo, hijos únicos. Supongo que Dorsey es lo más parecido a una familia que me queda. Siento una punzada de tristeza. Ojalá tuviésemos más trato.

—Sí —afirmo, y apoyo la cabeza en su brazo—. Es una moto muy bonita. Echo de menos montar.

—¿No tienes una en el D. C.?

—No estoy allí el tiempo suficiente como para cuidarla como se merece.

—Te desplazas con cada caso, ¿eh?

—Soy un hacha haciendo maletas. Vivo con lo que me quepa en ellas desde que salí de la academia.

—Tu padre era igual. Creo que por eso le gustaba tanto ir de camping.

—Me enseñó bien.

Doy un paso hacia la moto.

—¿Seguro que estás lo suficientemente despejada como para conducir maquinaria pesada? Si no, puedo acercarte a casa.

—No te preocupes por mí.

—¿Y si la carretera está mojada?

—Estoy bien, en serio.

Sé lo que está pensando. Él está ebrio, y yo he bebido lo suficiente como para superar el límite permitido, pero tengo mucho aguante y, a diferencia de mi padre, sé cuándo parar. Nunca he bebido como bebía él, sobrepasando con creces el punto en que se pierde la dignidad. Al menos, no en público.

Como muchos agentes, si tengo que beber lo hago en la intimidad de mi casa.

—Sabes que siempre he querido conducir esta moto. —Sonríó para relajar el ambiente—. Papá me hacía trabajar en ella los fines de semana, pero no me atrevía a pedirle que me dejara probarla.

Ambos nos echamos a reír.

—Marty adoraba sus motos.

—¡Y tanto! En caso de incendio, estoy segura de que primero las habría salvado a ellas y después habría vuelto a por mí.

—No digas eso. —Dorsey niega con tono reprobatorio—. Tu padre te quería más de lo que te imaginas.

—¿Sabes qué fue de su moto? Me refiero a la que conducía aquel día.

Llevo tiempo queriendo preguntarlo, pero no había encontrado el momento adecuado. Puede que parezca frívolo pensar en eso justo cuando acabo de perder a mi padre y tal. Pero es uno de los muchos cabos sueltos que necesito atar antes de marcharme del condado de Suffolk para siempre.

Dorsey frunce el ceño, pensativo.

—La llevaron al depósito. Supongo que seguirá allí. Puedo comprobarlo.

—¿No fue al laboratorio de Criminalística?

—No. Estaba bastante claro que había sido un accidente. Yo mismo firmé el permiso para que la llevaran allí. La verdad es que ni me planteé que te la hicieran llegar. Ahora no es más que un amasijo de metal. —Hace una mueca de dolor al darse cuenta de cómo suena eso—. Lo siento, me refería a que...

—Lo sé. No pasa nada. Entonces, ¿la recojo en el depósito?

—Puedo pedirles que la lleven al desguace por ti, si quieres. Por ahorrarte el tiempo.

—No, tranquilo. Prefiero hacerlo yo.

—Está bastante hecha polvo. No sé si es bueno que veas algo así.

—Ya soy mayorcita, Glenn. He visto lo que pasa en un accidente mortal.

—Ya lo sé. Pero es diferente cuando se trata de un familiar.

Dorsey aparta la mirada. Tiene los ojos anegados de lágrimas.

Asiento, sopesándolo.

—Tienes razón. Llamaré al depósito mañana mismo. ¿Aún lo lleva Cole Haines?

—Sí. Él se encargará. Mañana te llamo para ver cómo estás. —Observa cómo me subo a la moto—. Oye, ¿has hablado con Howie Kidd?

—¿El abogado de papá? Sí. Va a pasarse mañana para algo de la herencia. Gracias por recordármelo. Lo había olvidado.

—¿Quieres que vaya? Puedo hacerte compañía y ayudarte con el papeleo.

—No, no. Gracias. Será todo muy sencillo.

—Como quieras. Bueno, llámame si necesitas algo. Esas cosas pueden ser muy agobiantes.

—Gracias, Glenn. Por todo.

Se lleva dos dedos a la sien a modo de saludo y empieza a alejarse.

Enciendo el motor, y Dorsey se vuelve y me ofrece una última, aunque triste, sonrisa.

—Eh, cielo.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Yo también te quiero —respondo con voz ronca.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que le dije esas palabras a alguien.

Salgo del aparcamiento antes que Dorsey. Es agradable moverse después de pasar tantas horas en el barco. El aire frío me devuelve la vida. Conduzco por la autopista de Sunrise, atravieso el puente de Ponquogue y me detengo en la vivienda que se encuentra al final de Dune Road.

Ahora es mi casa, aunque me cuesta verla de ese modo. No lo será por mucho tiempo. Tengo que venderla. Está fuera de mis posibilidades. Y, aunque no lo estuviera, carece de sentido que la conserve. Llevo seis años sin coger vacaciones. ¿De qué me sirve tener una casa vieja al sur de Long Island, en un condado que alberga buenos y malos recuerdos por igual?

Mi abuelo, Darragh Flynn, a quien llamaba *yayo*, la construyó en los años cincuenta, cuando el sueldo de un policía aún daba para comprar un trozo de tierra con vistas a la bahía. Unas vistas como estas cuestan ahora medio millón de dólares, puede que más. La casa tiene tanto encanto y espacio como una caravana. Sé que a quienquiera que la compre solo le interesará el terreno que tiene debajo. Es una caja pequeña y maltratada por las inclemencias del tiempo, con descoloridas tejas de madera y puertas correderas baratas. No obstante, posee cierto encanto. Tiene una terraza de

madera con vistas a la bahía de Shinnecock al norte y a grandes extensiones de hierba a ambos lados. Me repatea la idea de que alguien pueda estropear este trozo de marisma con la única finalidad de tener una mansión con piscina y pista de tenis. Sé que mi padre opinaría lo mismo.

Llegué aquí hace poco más de una semana, después de que Dorsey me llamara para informarme de lo de papá. No me he planteado ninguna fecha de regreso. Ahora mismo no tengo ningún trabajo al que volver. Vivo en un pequeño apartamento sin ascensor en Georgetown que no echo de menos, con un aparato de aire acondicionado poco fiable que me deja charcos en el suelo de la cocina y un olor a curri constante que sube del establecimiento indio del bajo. Mis vecinos son estudiantes de posgrado con tendencia a fumar hierba y escuchar música electrónica después de medianoche. A veces los oigo discutir o hacer el amor y, cuando ponen música, mis paredes vibran. En ocasiones me dan ganas de quejarme, pero nunca lo hago. De todos modos, tampoco es que duerma mucho. Cuando nos cruzamos en las escaleras, saludan con educación y siguen a lo suyo. Estoy segura de que no saben nada de mí. Supongo que si supieran que trabajo para las fuerzas del orden serían más discretos con la hierba. Pero no es culpa suya. Suelo ausentarme durante semanas y, cuando estoy en casa, entro y salgo a deshoras: abandono la casa muy temprano y a menudo regreso a las tantas de la madrugada. No tengo mascotas, ni plantas, ni pareja. Casi todas mis pertenencias caben en una bolsa de viaje grande. Me pregunto cuánto tiempo tardarán en darse cuenta de que me he ido. Puede que nunca lo hagan.

La única persona que me ha llamado durante mi estan-

cia en el condado de Suffolk es Sam Lightman, el jefe de la Unidad de Análisis de la Conducta y mi superior en el FBI. El mes pasado disparé y maté a una persona en acto de servicio. Se trataba de Anton Reznik, socio de Dmitri Novak, uno de los mayores traficantes de drogas y de mujeres de la mafia rusa en Estados Unidos. Los amigos de Reznik lo conocían como el Carnicero por razones bastante evidentes. No iba a echarlo de menos. Aun así, nunca es agradable matar, y esta vez ha sido especialmente difícil para mí. Para empezar, una bala me dio en el hombro durante el tiroteo. Tuve suerte, técnicamente hablando. Dos centímetros más a la derecha me habría perforado la arteria braquial y yo me habría quedado en el sitio. Pero no lo hizo, así que entregué la placa y el arma a cambio de un par de puntos, una baja médica y la tarjeta de un psicoterapeuta recomendado por la Agencia especializado en trastornos de estrés postraumático. Según los médicos, a estas alturas el hombro se me debería haber curado, y casi lo ha hecho. Aún me duele de vez en cuando, sobre todo por las noches, pero tal vez se deba a que no he encontrado el tiempo para ir a un fisioterapeuta y comenzar la rehabilitación de los músculos afectados por la bala. La Agencia opina que mi cabeza también debería haberse recuperado. No es así. Tal vez nunca haya estado bien.

La muerte de mi padre me ha concedido una especie de aplazamiento.

—Tómate el tiempo que necesites —me dijo Lightman cuando se lo conté, y ambos sabíamos que eso significaba «el menor tiempo posible».

Sé que a mi jefe se le está agotando la paciencia respecto a mi recuperación. Seguro que los de arriba lo están presio-

nando o bien para que me haga volver al trabajo de campo, o bien para que me eche. Durante estos días estoy llegando a la conclusión de que más bien se trata de lo último.

Me sirvo un vaso cargado del Macallan de mi padre y salgo al porche con una manta de lana. Bebo tranquila y sola, como imagino que lo haría él la mayoría de las noches, hasta que el sol se pone por completo y las estrellas iluminan el cielo. Escucho el rugido del océano y el leve retumbar de la música de uno de los bares de la bahía.

Se acabó. Nunca volveré a sentir ningún tipo de obligación hacia este lugar, de vuelta a casa. Ni por vacaciones ni por cumpleaños ni por bodas de personas a quienes en su día consideré amigas pero en las que ya no pienso. No me sentiré responsable de llamar a mi padre ni me sentiré culpable por no hacerlo. Puedo quemar sus pertenencias, vender esta casa y no volver a pisar el condado de Suffolk mientras viva. Por primera vez en años, no necesito medicarme para dormir. Me tumbo en el sofá de la terraza, apoyo los pies en la mesita de centro de madera descolorida, cierro los ojos y dejo que la oscuridad se apodere de mí.